

igualdad anheladas por la *pardocracia*, como lo muestra el historiador, se enfrentarán con la tradición que sobrevivirá en la *nueva sociedad republicana*.

### Leonardo Bracamonte

Historiador, Universidad Central de Venezuela  
Profesor, Universidad Central de Venezuela.  
Actualmente adelanta estudios de Doctorado en Historia.

**Uribe de Hincapié, María Teresa.**  
*Nación, ciudadano y soberano*,  
Medellín Corporación región, 2001.

Se ha vuelto costumbre en estos años que los humanistas colombianos con trayectoria académica consolidada, en las dos últimas décadas, compilen sus pequeños ensayos en un único texto. Igual ocurre con las recientes publicaciones universitarias, las cuales en su mayoría son el resultado „individual“ de esfuerzos investigativos y no de una verdadera producción interdisciplinar colectiva. ¿Será este último caso, la nueva forma de acercarnos al llamado interdisciplinar de las ciencias sociales? El futuro se encargará de responder a esta pregunta. Por ahora, en cuanto al primer fenómeno, son pocos los trabajos donde se logra observar claramente el itinerario académico y político de un autor, este es afortunadamente el caso a reseñar.

La compilación de artículos bajo el título *Nación, ciudadano y soberano* de María Teresa Uribe<sup>5</sup>, elaborados desde finales de los años ochenta del siglo pasado hasta comienzos del presente, evidencian los diferentes rumbos teóricos y metodológicos utilizados por la autora para responder a una misma inquietud: la formación del Estado nación en Colombia desde inicios de la República. Es así como desde una mirada regional, pero en permanente comunicación con lo nacional y con interpretaciones más globalizantes, María Teresa Uribe va construyendo una historia que muestra la ya clara precariedad del Estado colombiano; donde lo público se ha caracterizado por estar sujeto a intereses partidistas, regionales, gremialistas y confesionales, primando de esta manera el interés particular por encima del colectivo. Esta es básicamente la

tesis que articulan coherentemente los textos aquí presentados. Es cierto que la autora hace afirmaciones que en apariencia resultan contradictorias con la tesis principal pero que solo son consecuencias formales de trabajos que ostentan su relativa autonomía.

No obstante, la diferencia temporal en la escritura de los ensayos, la autora muestra su capacidad de síntesis y de análisis, características propias de una socióloga que utiliza de manera adecuada una fuerte erudición histórica. Lo que le permite construir una narrativa cultural, a la vez que manifiesta sus claras intenciones de superar una mirada neutral de la historia, pues como ciudadana e intelectual crítica le preocupa el destino de una nación asolada por la violencia y la exclusión. Con esta posición sugiere que en Colombia es necesario superar las propuestas unidimensionales para llegar a la paz y oponer a la violencia, la legitimidad del Estado, no sólo con un discurso pacifista sino problematizante.

María Teresa Uribe bebe de la sabia Gramsciana para superar una visión determinista de la historia. En palabras de la autora, entiende „la política como acción intelectual de colectividades específicas con intereses propios y contradictorios con pretensiones hegemónicas que van más allá de la dominación y de la fuerza, y cuyas manifestaciones pueden rastrearse en las diversas esferas de la vida en común; en el campo económico, claro está, pero también en el de la lucha propiamente política, en los dominios de la moral y de la ética, y en el vasto campo de la cultura, entendida como construcción colectiva de larga duración, cruzada por tensiones, a veces contradictorias y siempre cambiante, mediante la cual se iban perfilando y redefiniendo las condiciones

específicas del ser y el deber ser de las naciones y las sociedades.” (p.11-12).

De esta manera Uribe emprende la tarea prolongada, durante más de una década, de abordar los principales ejes sobre los cuales se mueve su compilación: la constitución histórica de una nación sin referentes claros de identidad colectiva, es decir, sin un mito fundador definido, la presencia de una nacionalidad fragmentada que se mira en el espejo de una ciudadanía igualmente difusa, donde lo público como prolongación del Estado está privatizado; planteamiento que le lleva a abordar su último referente: la constitución de lo soberano como manifestación de un Estado fuerte que supere la anarquía. Aquí campea la advertencia de los peligros que puede aparejar la realización arbitraria de esa tarea histórica.

En cuanto al primer eje, la autora propone que la constitución de un mito nacional colombiano ha estado supeditado desde el comienzo de la vida republicana a una „sociedad mayor” que ha logrado imponer unas tradiciones aristocratizantes y colonialistas a través de los partidos tradicionales y de las relaciones clientelares y regionales, dejando por fuera a indios, negros, mestizos y colonos (blancos pobres), los cuales construyeron nuevos espacios de socialización por fuera de los límites de la „sociedad mayor”. Allí se establecieron unos „mediadores” que posibilitaron crear redes de comunicación con el poder central, éstos a su vez dieron lugar a contrapoderes (guerrillas) o parapoderes (gamonales, paramilitares y autodefensas). De esta manera, la ausencia de identidades colectivas nacionales responde a la falta de consensos y capacidad coercitiva del Estado, de ahí que se apele a la violencia como legitimadora

de un orden corporativo, repercutiendo negativamente en la consolidación de una sociedad civil fuerte y, por esta vía, lo público desaparece o, en el peor de los casos, no existe, cómo clara respuesta a la prolongación de un Estado débil.

En este proceso de movilización partidista y clientelar a mediados del siglo XX, con la imposición del Frente Nacional —alternativa para deponer las armas partidistas—, los partidos tradicionales entraron en un proceso de deslegitimación „...pues lo que era su eje articulador (la violencia) dejaba de serlo, y aunque parezca paradójico, la desaparición del sectarismo constituyó un golpe para la inscripción o el mantenimiento de las masas en sus filas. Perdidos los anclajes en la sociedad civil, sólo era posible mantener la relación de las masas con el partido y del Estado con la sociedad a través del clientelismo...” (p.66). De este período en adelante los partidos se adscribieron en programas sustentados en el racionalismo instrumental, ejercido por medio de políticas públicas eminentemente tecnócratas, las cuales „...se diseñaron sólo para la sociedad mayor sin tener en cuenta los territorios excluidos y los espacios vastos; además, dejaron de lado otros aspectos tan importantes como los proyectos políticos y ético culturales.” (p.67).

En segundo lugar, María Teresa Uribe, va dibujando la ciudadanía de la mano de un Estado sin un referente nacional y legítimo, considerándola ausente de una ética civil, inacabada y premoderna, pues ésta no se ha secularizado, ni se manifiesta racionalmente.

Pero la autora va más allá de una mera descripción de este fenómeno nacional y lo lleva a la región, particularmente a la región antioqueña, donde después de

evidenciar la pérdida de vigencia de un ethos tradicional por la modernización de la sociedad, denuncia la exclusión de un número importante de antioqueños que se salen de los cauces de la “antioqueñidad”. Esta crisis „...puso de manifiesto que tras esa superficie tan sólida en apariencia existen corrientes subterráneas y abismos profundos que están develando la obsolescencia del viejo orden. En Antioquia esta crisis hizo visible lo invisible e hizo público lo que había estado oculto, precipitando formas de deslegitimidad a las cuales era necesario salirles al paso.” (p.110).

De igual modo, esta ciudadanía fragmentada nacional y regionalmente, impide crear un tejido social que se manifieste por medio de una sociedad civil organizada. Situación que le permite sugerir que el fortalecimiento de los movimientos sociales debe estar acompañado de orientaciones políticas. „Las posturas participacionistas o societales sin dimensión política, sin referente público, común y colectivo, de espaldas al Estado y a sus instituciones, pueden coadyuvar a formar tejido social pero no ciudadanos, comunidad política, sistemas republicanos o éticas civiles” (p.157).

Finalmente, y siguiendo un orden lógico en sus preocupaciones, la autora aborda el tercer componente de su tríada: el Estado como soberano. Allí en un juego dialéctico que por momentos pareciera darle paso al *Leviatán*, único que posibilitaría conjurar el estado de guerra permanente, Uribe es enfática en señalar que: „Cambiar pequeños terrores por el terror supremo en aras de garantizar la seguridad, ha sido una mala experiencia histórica, cuyas expresiones más evidentes se pueden encontrar, sin ir más lejos, en nuestro corto y

conflictivo siglo XX. Los totalitarismos, los fascismos, las dictaduras militares del Tercer Mundo están ahí para poner de manifiesto los peligros que para los ciudadanos entraña refugiarse en la jaula del león pues el Leviatán enérgico y protector con el que soñaba Hobbes, bien puede convertirse en un monstruo que devora a sus enemigos pero también a sus amigos" (p.275). De todos modos su acercamiento a Hobbes no es accidental pues parece responder a un sentimiento generalizado de debilidad del Estado y anarquía social, sazonado por los aires privatizantes de la globalización y la individualización postmoderna.

Como podemos observar, las preocupaciones teóricas e históricas de la obra reseñada plantean con agudeza la necesidad de discutir públicamente la conformación de una ciudadanía moderna, en un Estado cimentado en una unidad nacional para superar una sociedad corporatizada e intransigente. Aquí la autora hace una defensa de la institucionalidad del Estado, oponiéndose categóricamente a los postulados neoliberales de desmonte de éste.

Por todo lo anterior, la obra de María Teresa Uribe de Hincapié, compilada en esta ocasión, responde favorablemente a un debate nacional y regional del cual los colombianos y los historiadores no podemos distanciarnos. En este campo las propuestas de la autora son reveladoras para la profundización de una historia de la constitución de la Nación, la ciudadanía y el Estado, por ello su obligada lectura.

**Helwar Figueroa**

Historiador  
Universidad Nacional de Colombia

<sup>5</sup> María Teresa Uribe de Hincapié nació en Pereira, Colombia, el 8 de febrero de 1940, se licenció en Sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, y es profesora desde 1973 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia y en el posgrado de Ciencias Políticas desde 1991.